

FRANCISCO BULNES S.

● UNA MISION GRANDE.

● UN LLAMADO DE PACIFICACION.

—:•:—

● RESPUESTA A UNA DIATRIBA.

—:•:—

● EL FRENTE DEMOCRATICO.

● DERROTISMO QUE NO TIENE CAUSA

● CHILE Y LA ALIANZA PARA EL PROGRESO.

—:•:—

DISCURSOS PRONUNCIADOS
POR EL PRESIDENTE NACIO-
NAL DEL PARTIDO CONSER-
VADOR.

SANTIAGO

1 9 6 2

Discurso pronunciado por el senador don Francisco Bulnes al ser elegido Presidente Nacional del Partido Conservador el 18 de Marzo de 1962

DIRECTORAS Y DIRECTORES GENERALES:

A todos los directores generales que me han honrado con sus votos, formando una impresionante mayoría, y a esas decenas de miles de conservadores que ellos encarnan y representan, les agradezco profundamente, les agradezco con verdadera emoción la confianza que me están demostrando al llamarme a presidir nuestro gran Partido en una hora de singular importancia para la causa que sustentamos y de trascendentes proyecciones en la vida del país.

Tengo plena conciencia de lo que significa ser Presidente del Partido Conservador en la encrucijada histórica que vivimos. Sé muy bien que mi jornada ha de ser de total renunciamiento personal y de intenso y permanente sacrificio. Sé también que me faltan algunos atributos que yo mismo desearía ver en el Presidente del Partido. Pero acepté esta vez postular a tan alto cargo, porque me convencí de que, por obra de las circunstancias políticas, era mi persona la que podía reunir mayor número de voluntades conservadoras. Y estoy con el ánimo entero, estoy confiado y casi alegre, porque la amplia mayoría que he recibido, después de un mes de discutirse la materia en todos los sectores del Partido, me pone en buenas condiciones para movilizar nuestras reservas de fe, de abnegación y de espíritu de lucha, y para enderezar a nuestra colectividad por los

caminos de renovación y de vigorización que yo sueño para ella.

A los que me empujaron a aceptar esta postulación y a todos los que han contribuído con sus votos a elegirme, les reclamo, hoy más que nunca, la colaboración constante y generosa que se han comprometido a entregarme. A los demás, a los que combatieron mi candidatura o simplemente no votaron por mí, les pido encarecidamente su aporte, que también me será muy valioso. Nunca he pertenecido a grupos internos, y mi mano está tendida fraternalmente, como siempre la estuvo, para todos los conservadores del país.

Aunque un mes atrás, al aceptar la candidatura que se me ofrecía, expuse en carta pública mis principales conceptos sobre la dirección del Partido, creo conveniente repetir ahora y desarrollar un poco más esas ideas. Usaré ante el Directorio General el lenguaje de la franqueza, aunque a veces sea duro, porque es el único que conozco y el que pienso mantener durante toda mi gestión directiva.

Razón de ser del Partido Conservador

Creo profundamente en la razón de ser del Partido Conservador en la política chilena.

Creo en la necesidad absoluta de que este Partido nuestro se mantenga y fortifique, para bien de los principios cristianos y de la Patria chilena.

La razón de ser de nuestro Partido proviene de dos hechos indiscutibles: primero, que representa a un vasto sector cristiano, diferente de los demás, que no podría ser interpretado por ningún otro de los partidos existentes; y segundo, que ha realizado y continúa realizando, al servicio de sus principios, una permanente labor constructiva en favor del pueblo de Chile.

No somos, por cierto, la expresión única del pensamiento cristiano en la política. No podríamos serlo, porque dentro de las doctrinas del Cristianismo caben posiciones distintas ante la realidad política, económica y social. Pero

estamos seguros de constituir una expresión legítima y necesaria de ese pensamiento, y la expresión más acorde con las posibilidades de nuestro país y con la experiencia internacional.

Estamos profundamente insatisfechos con la realidad social de Chile. Consideramos, por una parte, que nuestro país se va sumiendo, cada vez con más profundidad, en un materialismo sin grandeza ni horizontes. Proclamamos además que, principalmente por falta de desarrollo económico, pero también por exceso de diferencia en los ingresos de los distintos sectores sociales, gran parte de nuestros conciudadanos no disfrutan de un grado suficiente de cultura y bienestar.

Somos, pues, en la hora presente, y a pesar del nombre que llevamos por respeto a una gloriosa tradición, una fuerza honda y sinceramente reformista. Rechazamos enérgicamente la idea básica del individualismo económico, o sea, que el libre juego de las llamadas leyes naturales de la economía pueda conducir por sí solo al progreso social que Chile necesita. Queremos transformar el orden social con medidas positivas, tan enérgicas y tan rápidas como lo permitan la ciencia social y la técnica económica. Afirmamos que, en esta época precisa del devenir de Chile, los esfuerzos de los Gobiernos, de los legisladores, de todas las fuerzas rectoras de la vida nacional, deben converger, con decisión y sin flaquezas, a que cada niño chileno tenga la oportunidad de educarse, a que cada adulto chileno pueda ganar con su trabajo una vida digna y segura, y a que haya en el nuevo orden social un sitio de preeminencia para los grandes valores morales, sin cuya presencia toda sociedad humana tiene que sucumbir.

Nuestro pensamiento y nuestra posición son, por lo tanto, un pensamiento y una posición social-cristianos. En el fondo lo fueron siempre: cuando estructuramos en este país la democracia, cuando nuestros gobiernos del siglo pasado desarrollaron al máximo de sus posibilidades la educación del pueblo y la formación de las clases medias, cuando desde los albores de este siglo iniciamos y promovimos

la legislación social, cuando luchamos en los últimos veinte años contra los desaciertos económicos que estimulaban la inflación, el peor flagelo de los asalariados. Y tenemos que acentuar esa tendencia en la hora presente, en que el país se encuentra maduro para su desarrollo económico y su reajuste social.

Una verdadera posición social-cristiana

Pero nuestra posición social-cristiana es diferente de otras que llevan el mismo nombre o un nombre similar.

Nosotros no aceptamos que el sistema en que vivimos —basado en la propiedad privada y en la empresa particular— sea malo en sí mismo. Tiene excesos y vicios que pueden corregirse y que en el hecho se han corregido en las grandes democracias de Occidente; pero deben conservarse sus fundamentos, porque si se les suprime, se cae fatalmente en el comunismo totalitario. Los sistemas que se anuncian como intermedios entre la propiedad privada y la propiedad del Estado, como aquél de la propiedad comunitaria, no pasan hasta ahora de ser utopías que ningún país ha llevado a la práctica y que nadie ha podido concretar en fórmulas realizables.

No aceptamos, tampoco, la actitud de crítica despiadada contra todo lo que existe en Chile, actitud que corresponde a un izquierdismo demagógico, que se ha ido superando en todas las democracias más importantes del mundo. La rechazamos, en primer término, por injusta y demagógica, y en segundo lugar porque está destinada fatalmente a hacer el juego del marxismo revolucionario, que propicia la destrucción violenta del orden establecido.

No aceptamos que se pretenda achacar las deficiencias de nuestra organización económico-social, propias de un país en formación, al egoísmo de una clase o de un sector; no aceptamos que se pretenda dividir la colectividad en una minoría explotadora y carente de todo sentido humano y en una mayoría explotada y portadora de todas las virtudes. Semejante prédica es fundamentalmente falsa, enciende y

atiza los odios de clases, se contraponen absolutamente con los principios cristianos y lleva a la postre al desorden económico y social o a la tiranía de cualquier color.

En suma, somos social-cristianos, pero repudiamos el marxismo y no le pedimos prestados sus conceptos. Queremos corregir profundamente el orden social, pero queremos hacerlo por el camino que han seguido las grandes democracias de Europa y Norteamérica: salvaguardando todos los derechos fundamentales de la persona humana, preservando la democracia política, conservando en su esencia la propiedad privada y la empresa particular y estimulando la cooperación armónica de todas las clases sobre la base de una estricta justicia social.

En una palabra, y aunque ciertos manejos politiqueros nos mantengan alejados de los congresos internacionales demócratacristianos, tenemos el mismo espíritu de los grandes partidos católicos de Europa, que repudian el verbalismo demagógico y se consagran con sentido realista y constructivo a desarrollar sus países y a corregir los vicios y los defectos de los sistemas imperantes.

Las realizaciones sociales del actual Gobierno

El Gobierno del señor Alessandri, cuya implantación se debe en gran parte a nuestro Partido, y al que hemos cooperado con lealtad y con sacrificio, responde en gran medida a nuestro ideario social cristiano. Bajo este Gobierno se ha conseguido detener la inflación, que enriquecía vorazmente a unos pocos capitalistas y disminuía permanentemente el valor adquisitivo de los sueldos y salarios. Se ha logrado, por primera vez en nuestra historia, que el costo de los reajustes de remuneraciones sea absorbido generalmente por las empresas y no gravite en los precios que se cobran al consumidor, produciéndose así una efectiva redistribución del ingreso nacional. Se han hecho modificaciones en el sistema tributario que, sin constituir una reforma completa, son pasos de mucha importancia en el camino de la justa distribución de las cargas impositivas. Se está realizando un

plan habitacional de gran envergadura, que ya ha producido más de 80.000 viviendas, cantidad superior a la que se construyó en los 25 años anteriores. Se han entregado a pequeños agricultores más de 600.000 hectáreas de tierra cultivable, subdividida en unidades económicas científicamente calculadas, y el plan de colonización sigue su marcha. Se ha logrado una rápida reconstrucción de la vasta región del país que fue asolada por los terremotos de 1960 y al mismo tiempo, en el resto del territorio nacional, se ha mejorado en forma muy considerable nuestra red caminera y se ha intensificado la construcción de escuelas y establecimientos hospitalarios, que significan cultura y salud para el pueblo. Se han hecho progresos importantes en materia de legislación social, como por ejemplo la implantación de la semana corrida para los trabajadores agrícolas.

En cada una de esas realizaciones está la mano firme del Partido Conservador. De algunas tenemos la iniciativa, como el plan habitacional, cuyas ideas centrales parten de la Ley de Facultades Extraordinarias, donde las introdujo el Senador que habla; como también el plan de colonización, que es obra del Ministro Philippi, afín a nuestro Partido, y del ex Vicepresidente de la Caja de Colonización, Jorge Baraona, correligionario nuestro.

Y ahora se abre para este Gobierno la etapa de las llamadas reformas estructurales. Estamos empeñados en una reforma agraria que converja simultáneamente al aumento de la productividad agrícola, a la subdivisión racional de la tierra y al reagrupamiento del minifundio. El proyecto de reforma constitucional y el proyecto de ley sobre expropiaciones que son fundamentales para esos propósitos y en cuya elaboración hemos tenido parte importante algunos parlamentarios conservadores, están ya en el Congreso y abren anchas posibilidades de reajuste del agro chileno en forma socialmente justa, económicamente eficaz y con la debida conformidad a la técnica agrícola y a la realidad extraordinariamente compleja de la agricultura nacional.

Están en estudio, con la firme decisión de llevarlas a cabo muy pronto, las reformas tributaria y arancelaria, que

tienen importancia fundamental para la justa distribución de los ingresos y para poder cumplir el Plan de Desarrollo Económico. A esa reforma debe sumarse la de nuestros regímenes previsionales, que en conjunto han llegado a ser, por obra de la demagogia, los más injustos y antieconómicos de la tierra.

Comienza a ponerse en marcha el Plan de Desarrollo Económico, que tiene una inmensa trascendencia para el futuro del pueblo chileno, y la favorable impresión que la Misión Moscoso-Goodwin se formó de nuestro Gobierno y de los partidos que lo apoyan, nos dan la seguridad casi plena de que obtendremos el financiamiento de la cuota que en ese plan se asigna a recursos provenientes del exterior.

Cuando se examina la vasta obra cumplida por este Gobierno en favor del pueblo, cuando se comprueba el firme criterio de progreso social que la inspira y la orienta, no podemos dejar de reconocer que, en gran medida, se está gobernando con criterio social cristiano. Y entonces cabe preguntarse: ¿Quiénes sirven mejor el ideario socialcristiano? ¿los que hemos hecho posible esa labor, los que estamos luchando cotidianamente por promover el desarrollo del país y la justicia social, o los que critican la obra ajena con mendacidad y con furor, sin proponer nunca una medida constructiva, emborrachándose en un verbalismo demagógico que sólo favorece, a la postre, al marxismo revolucionario?

Llamado al Partido Demócrata Cristiano

He tenido que ser franco para señalar nuestras diferencias con el Partido Demócrata Cristiano, y la franqueza me ha obligado a ser duro.

No podía hacerlo de otro modo, porque en este momento se libra por cierto líder de ese partido, precisamente por uno de los elementos que están más distantes de nosotros, una ofensiva a fondo para llevarse de nuestras filas a los débiles de espíritu, convenciéndolos de que nada nos separa en el terreno ideológico, salvo —¿quién lo diría!—

que nosotros carecemos de conceptos claros de Gobierno y de resolución para poner en práctica nuestras ideas. Afortunadamente, esa ofensiva no ha encontrado eco sino en cuatro jóvenes de Valparaíso y en diez o doce políticos de Aconcagua que, temiendo el naufragio de nuestra nave, han huído de noche a refugiarse en otro barco que les parece más seguro.

Pero esto no significa que yo desee continuar la guerrilla entre católicos.

Tengo demasiado sentido patriótico para desear que se estimulen, en esta hora de lucha decisiva contra el marxismo, las acrimonias que separan a los partidos democráticos. Tengo demasiado sentido cristiano para querer que los católicos continuemos dando el espectáculo de un odioso antagonismo entre nosotros. Pero también tengo demasiado sentido conservador para tolerar que se nos calumnie impunemente.

En este momento, acaso el más importante de mi vida pública, hago un llamado cordial y sincero a los demócrata-cristianos, y especialmente a los que nada quieren con el marxismo. Tratemos de acercarnos, de conocernos y de comprendernos. Confiemos mutuamente en nuestras buenas intenciones, discutamos con tolerancia nuestras diferencias y procuremos, en lo posible, encontrar fórmulas comunes de acción. Entre nosotros no es posible la fusión, porque tenemos diferencias profundas de conducta política; pero puede ser posible la colaboración en muchos sentidos, porque existen cosas importantes en que coincidimos plenamente.

Ahí va mi llamado, que no es de unión, pero sí de pacificación. Puede que caiga en el vacío. Puede que obtenga una respuesta odiosa. Pero el haberlo formulado, y el haberlo con recta intención, satisface mi conciencia de cristiano y de patriota.

El porvenir del Partido y su renovación

Así como tengo fe profunda en la razón de ser del Partido Conservador, tengo confianza plena en su destino político.

La colaboración parlamentaria que hubimos de dar al Gobierno del Presidente Ibáñez y que estuvo inspirada en el noble propósito de preservar el régimen constitucional, hizo mermar apreciablemente nuestra fuerza electoral. Es así como en las elecciones generales de 1957 sólo alcanzamos el 11% del electorado nacional.

Cuatro años después, en las elecciones generales de 1961 —y no obstante haberse aprobado en el tiempo intermedio una reforma electoral que, según los agoreros, nos afectaría fuertemente— elevamos nuestra participación en el electorado a casi el 15 %. Obtuvimos, sin dinero y con escasa propaganda, 198.000 votos, o sea, 49.000 más que los socialistas, 41.000 más que los comunistas y sólo 15.000 menos que los demócrata-cristianos, recién fusionados con la mayor parte del antiguo Partido Agrario Laborista. Si bien retrocedimos ligeramente en las regiones agrarias, donde recién se pronunciaba la agitación marxista, incrementamos considerablemente nuestras votaciones en Santiago y en otras de las zonas más ilustradas del país.

Desgraciadamente, nuestra cuota de parlamentarios elegidos no corresponde a nuestra potencia electoral, en parte porque los diputados se eligen de acuerdo con el Censo de 1930 y en parte porque tuvimos mala estrella: perdimos un senador de O'Higgins y Colchagua por el inesperado fallecimiento del gran líder Juan Antonio Coloma, y perdimos el senador de Aconcagua y Valparaíso y el de la 9ª Agrupación por efecto de los pactos electorales, mientras que la supresión de los pactos para las elecciones de diputados nos costó un buen número de asientos en la Cámara, perdidos por escasísimos votos.

Sin embargo, y a pesar de ese aparente revés electoral, nada serio nos hace temer por la suerte del Partido. Nuestros cuadros están intactos y confiamos en reconquistar las posiciones que nos corresponden. Cuanto se diga en contrario no pasa de ser sandeces de los que están interesados en destruirnos precisamente porque nos temen.

Pero, a mi juicio, no basta, como meta de nuestra acción, limitarnos a recuperar lo que perdimos. Es necesario

realizar un esfuerzo máximo para salir a la conquista de vastos sectores del pueblo chileno donde no se nos conoce bien, y especialmente de sectores juveniles que piensan como nosotros, pero que no votan ni trabajan con nosotros, porque tienen una visión deformada del Partido Conservador.

Para el objeto que señalo, tendremos que hacer una revisión total de nuestra organización interna y de nuestros métodos de acción, que a mi juicio se han quedado atrasados. Necesitamos modernizar nuestra organización y nuestros métodos, con tres objetivos principales, que ya señalé en mi carta pública a los conservadores de O'Higgins: primero, utilizar mejor las aptitudes de cada conservador en beneficio de la tarea común; segundo, proyectar nuestra acción a los sindicatos, a los centros de trabajo y de estudio y a otros campos que, sin ser propiamente políticos, tienen en la política considerable influencia; tercero, estudiar permanentemente los problemas nacionales y difundir ampliamente las soluciones conservadoras. No debemos permitir, por ningún motivo, que la atención de nuestro Partido sea monopolizada por los problemas políticos inmediatos, que son importantes, pero que suelen ser transitorios. Hay que mantener al mismo tiempo una política de largo alcance, encaminada a solucionar los problemas básicos del país.

Todo lo anterior tiene que ir aparejado de un cambio de estilo en nuestra comunicación con la opinión pública. Un partido que en la hora actual es reformista y creador, no debe dar la impresión de ser una fuerza meramente defensiva. La segunda mitad del siglo XX será en nuestro país una época de grandes acontecimientos, de profundas transformaciones. Si queremos jugar en ella el papel que nos corresponde como portavoces del Cristianismo Social, no podemos quedarnos a la espera de los acontecimientos: hay que anticiparse a ellos, para orientarlos y conducirlos; hay que hacer de nuestro Partido un movimiento dinámico, valiente, combativo, dejando que el ansia de realizar nuestros propósitos de bien público prime muchas veces sobre el temor de equivocarnos. Los errores pueden rectificarse, pero la esterilidad no tiene remedio.

El Presidente que os habla, los talentosos y dinámicos Vicepresidentes que me acompañan y algunos elementos valiosos que nos han ofrecido su cooperación permanente, tenemos la voluntad decidida de impulsar a la medida de nuestras fuerzas la renovación conservadora que os dejo planteada. Pero quiero decir claramente que esa renovación exige, más que una reforma de estatutos o reglamentos, un cambio en la manera de ser de cada conservador. Para que nuestro Partido tome la ofensiva en la política chilena, se necesita que cada uno de sus afiliados le entregue permanentemente su cuota de colaboración: unos en trabajo directivo, otros en el estudio de problemas y proyectos, éstos en labor de difusión doctrinaria, aquéllos en captación de nuevos adherentes y todos en dinero a la medida de sus posibilidades. No queremos conservadores pasivos, ni queremos personas que acepten cargos directivos como una condecoración y no como un puesto de sacrificio. Cuando se ingresa a nuestro Partido no se conquista un derecho ni se le hace un favor a nadie: se contrae un compromiso sagrado con nuestra Patria y nuestra Causa, y nosotros nos esmeraremos en exigir su cumplimiento.

No soy iluso y sé, por lo tanto, que este proceso de renovación tomará años. Yo sólo pretendo ponerlo en marcha decididamente, vigorosamente, para que mis sucesores lo completen.

Posición ante el Gobierno

Me referiré brevemente a la posición que creo necesaria mantener ante el actual Gobierno, porque es conocida de todos o casi todos los directores generales.

Pienso y sostengo que, salvo hechos sobrevinientes imposibles de preveer, debemos continuar prestando al Presidente de la República nuestra colaboración leal. Me fundo para ello en tres razones, que a mi juicio son irrefutables: primera, al compromiso que contrajimos con el país al gestar la candidatura del señor Alessandri y al contribuir poderosamente a su triunfo; segunda, al amplio saldo favora-

ble que su Gobierno arroja y las claras expectativas que ofrece de nuevas e importante realizaciones de beneficio nacional y popular; tercera, el impulso que indudablemente tomaría la ofensiva marxista, si las fuerzas democráticas se mostraran incapaces de dar Gobierno a la nación.

Pero, como lo he dicho públicamente, yo entiendo por colaboración leal la que se presta con discernimiento, con sentido crítico y vigilante, tratando de prevenir los errores, de rectificar los rumbos equivocados, de imprimir al Gobierno y la Administración las orientaciones que concuerden con nuestro concepto del bien público.

Bajo el Gobierno de un hombre independiente, apoyado por una combinación de partidos; sería pueril pretender la aplicación integral de nuestras ideas; pero podemos y debemos esperar que en la generalidad de los casos se llegue a ecuaciones satisfactorias para las diversas corrientes que prestan su colaboración. En las materias en que esas ecuaciones no se encuentren, existe el derecho y el deber de hacer constar nuestras discrepancias, no con ánimo demagógico, sino en defensa de nuestros principios. Y, por convicción y por temperamento, no seré yo quien guarde silencio si se producen discrepancias graves entre la acción del Gobierno y el ideario conservador.

Relaciones con otros Partidos

Aspiro fervientemente a la coordinación de todas las fuerzas opuestas al marxismo.

El primer paso en ese sentido debe ser el de dar, a la actual combinación de Gobierno, cohesión y estructura. Con el Partido Radical nos separan importantes diferencias doctrinarias y conceptos distintos sobre la educación pública; pero nos une en este momento el propósito común de salvar a la democracia en su lucha contra el marxismo y de promover la transformación económico-social del país dentro del orden jurídico y de la evolución razonada y realista. Hay que reconocer que el Radicalismo ha recorrido mucho camino hacia la tolerancia religiosa, y si esa tolerancia

perdura, como yo creo que ocurrirá, será perfectamente posible mantener por muchos años una acción coordinada de Gobierno entre radicales, liberales y conservadores.

Uno de los factores primordiales del injustificado derrotismo que actualmente predomina en los elementos democráticos, es el hecho de que la extrema izquierda aparezca unida y sus adversarios divididos. En consecuencia, la debida estructuración de la actual combinación de Gobierno contribuirá mucho a alejar el derrotismo, que es el verdadero peligro en lo que concierne a la próxima elección presidencial.

El fortalecimiento de la combinación de Gobierno no excluye ni tiene por qué excluir la posibilidad de que ella se una, para la próxima elección presidencial, con las otras fuerzas democráticas. Esa unión es aconsejada por la necesidad primordial de salvar la democracia y de preservar en Chile los valores fundamentales de la civilización occidental. El Partido Conservador no tiene rencores, y está dispuesto a poner el mayor empeño y la mayor generosidad en ese propósito, que se identifica con los más altos intereses de la Patria.

Correligionarias y correligionarios:

Os pido excusas por esta exposición tan larga. He querido mostraros sin velos mi pensamiento político, porque sólo comprendiéndome bien podréis darme la colaboración que necesito y reclamo de todos vosotros.

Que Dios ilumine nuestras mentes y guíe nuestros pasos. Tenemos un ansia profunda de servir a nuestras creencias y a nuestro país y estamos dispuestos a entregarnos a esa tarea con todo nuestro fervor.

Yo tengo fe en que el Partido Conservador movilizará sus grandes reservas de fuerza y abnegación. Tengo fe en que nos renovaremos y nos fortaleceremos, para jugar el gran papel que al Conservantismo corresponde en los destinos de Chile.

Declaración pública del Presidente del Partido Conservador en respuesta a una diatriba (Marzo de 1962)

“En el discurso que pronuncié el domingo 18 ante el Directorio General de mi Partido, formulé un llamado ferviente a la unión de todas las fuerzas democráticas, con el objeto de “salvar a la democracia en su lucha contra el marxismo totalitario y promover la transformación económico-social del país dentro del orden jurídico y de la evolución razonada y realista”.

En lo concerniente al Partido Demócrata Cristiano, no sólo lo incluí expresamente en ese llamado de carácter general, sino que les propuse la pacificación y el acercamiento en los términos que a continuación reproduzco:

“Tratemos de acercarnos, de conocernos y de comprendernos. Confiemos mutuamente en nuestras buenas intenciones, discutamos con tolerancia nuestras diferencias y procuremos, en lo posible, encontrar fórmulas comunes de acción. Entre nosotros no es posible la fusión, porque tenemos diferencias profundas de conducta política; pero puede ser posible la colaboración en muchos sentidos, porque existen cosas importantes en que coincidimos plenamente”.

El Partido Radical, a los pocos días, acogió e hizo suyo el llamado a la unión de las fuerzas democráticas.

El Partido Liberal acaba de emitir un pronunciamiento en el mismo sentido, que corrobora declaraciones anteriores de esa colectividad.

En cambio, la Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano aprobó una declaración que el país conoce, en la cual rechaza toda idea de entendimiento con las otras fuerzas democráticas, cualesquiera que sean las consecuencias que ello pueda acarrear en beneficio del comunismo internacional y en perjuicio de Chile.

Podría hacer comentarios sobre esa actitud de soberbia intransigencia; pero no los haré, porque la opinión pública democrática tiene todos los antecedentes para juzgarla por sí misma, y porque no deseo ser yo quien eche más leña a una hoguera en que se puede consumir al país.

Injurias Demócrata-Cristiana

Desgraciadamente, al Partido Demócrata Cristiano no le bastó con reafirmar su absoluta intransigencia. En lo que concierne al Partido Conservador, llegó bastante más lejos. En la cuenta del presidente demócratacristiano —que, según él, corresponde al sentir de “destacados dirigentes” de su partido— se incluye una diatriba contra los conservadores que sale de los límites usuales de la polémica política para entrar derechamente en el terreno de la injuria y la calumnia.

Según el presidente demócratacristiano, nosotros, al igual que cierto gobernante centroamericano, seríamos unos falsarios que hemos apelado a la hora undécima al socialcristianismo para usarlo como “bolsa de oxígeno” en la defensa de nuestros “injustos privilegios”.

La opinión pública conoce bien al Partido Conservador. Del mismo modo que tenemos partidarios y simpatizantes, tenemos adversarios y enemigos; pero hay algo que toda

la gente equilibrada nos reconoce, incluso desde sectores muy opuestos: nuestra lealtad a las ideas que profesamos y nuestro valor para confesarlas y defenderlas, sean o no populares. Nunca hemos usado caretas en política, nunca hemos afectado ser lo que no somos. Y a la acusación de que nos estamos revistiendo de un socialcristianismo de última hora para defender nuestros supuestos privilegios, más que una calumnia, más que una injuria, es una inepecia.

Realizaciones Conservadoras

Hace sesenta años que proclamamos en nuestro programa la adhesión sin reservas a los principios sociales del cristianismo, y hace más de quince que libramos bajo esa bandera una campaña presidencial con candidato propio, a la que concurrió parte de la entonces Falange Nacional. Cualesquiera que puedan haber sido las imperfecciones de nuestra labor —y qué labor no las tiene!— hemos procurado servir lealmente nuestras ideas. Mientras otros consumen sus energías en el verbalismo estéril, nosotros hemos sido autores o promotores de una parte sustancial de la legislación social chilena, y hemos llevado la fidelidad a nuestros principios hasta el extremo de combatir —a conciencia de que perjudicábamos nuestros intereses electorales— los sistemas y medidas que, siendo aparentemente de beneficio popular, habrían de repercutir a la larga en grave perjuicio para los sectores más débiles de nuestra población.

Consecuentes con nuestra orientación socialcristiana hemos impulsado, bajo este gobierno, una serie de realizaciones de efectivo beneficio popular, que ya enumeré en mi discurso del 18 de marzo, y estamos impulsando un plan de desarrollo económico y un conjunto de reformas que son el único camino honrado y seguro para proporcionar a todos los chilenos cultura y bienestar.

Otra cosa es que nuestro socialcristianismo no sea el del Partido Demócrata Cristiano de Chile. Ya expliqué en

mi aludido discurso las serias diferencias que nos separan de aquél. pero que, en cambio, nos acercan a los grandes partidos demócratacristianos de Europa.

Actitudes parlamentarias

En su afán de hacernos aparecer en posición falsa, el presidente demócratacristiano —o los “destacados dirigentes” que lo inspiran— invoca una actuación reciente del senador Bernardo Larraín y otra del suscrito, pretendiendo que estarían reñidas con los principios socialcristianos. Me referiré brevemente a ellas, para demostrar que el señor presidente nos ha tergiversado en forma realmente inaudita.

El senador Larraín criticó, por drástica, la reciente congelación de los arriendos al nivel de hace un año. Lo hizo en su propio nombre y en virtud de razones que, en mi criterio, no son valederas en el especialísimo momento actual, pero que serían perfectamente atendibles en circunstancias normales. Pero no lo hizo por defender “injustos privilegios”, sino precisamente a causa de la honda preocupación que ese parlamentario ha tenido siempre por la habitación popular. El senador Larraín —y esto no puede ignorarlo el presidente demócratacristiano— es el autor de la Ley de Habitación Campesina, y uno de los autores del Plan Habitacional, que ha permitido construir más de 80.000 casas en tres años de gobierno.

El senador que suscribe, como muchos otros de diversos partidos, apoyó el veto al Ejecutivo a una disposición que obligaba a todas las juntas inscriptoras a trasladarse en días domingos y festivos a cualquier lugar del respectivo territorio que fuese indicado por 25 o más interesados en inscribirse. No apoyé ese veto por obstaculizar las inscripciones, sino por sentido de justicia y por preservar la pureza de las inscripciones. Existiendo una junta inscriptora en cada circunscripción del Registro Civil —una o más de una por comuna—, no parece justo obligar a sus miembros a trabajar en días feriados, sobre todo que la ley no

consulta viáticos para ellos; ni parece compatible con la pureza de las inscripciones dejar al arbitrio de cada grupo de 25 personas el lugar donde deben practicarse.

Situación del Conservantismo

Como se ve, ha habido que hilar muy delgado y muy torcido para tratar de imputarnos transgresiones a los principios socialcristianos.

El presidente demócratacristiano, cegado por la soberbia, atribuye mi llamado al supuesto hecho de que mi Partido busca apoyo, porque estaría derrumbándose.

Esa suposición de intenciones, más que temeraria, es pueril. Si en realidad se estuviese derrumbando mi Partido, no se me pasaría por la mente buscar asilo o apoyo en el Partido Demócrata Cristiano. ¡Pero no nos estamos derrumbando! En las últimas elecciones parlamentarias de 1961, a pesar de conjugarse en contra nuestra una serie de circunstancias imprevisibles —obtuvimos casi el 15 % del electorado contra menos del 11 % a que llegamos en 1957—. El Partido Demócrata Cristiano, recién fusionado con el agrariolaborismo (y quién sabe por cuánto tiempo), nos superó en 15.000 votos, o sea, por un 1 por ciento del electorado, quedando muy por debajo del porcentaje logrado tres años antes por el señor Frei. Y cabe señalar que el Partido Demócrata Cristiano gozaba de todas las ventajas que en Chile da la actitud de oposición al Gobierno. Personalmente, tengo fe en que las elecciones futuras nos colocarán a nosotros en mejores posiciones.

Cierto es que los demócratacristianos nos aventajan en las Universidades; pero ese fenómeno no tiene la trascendencia que se le atribuye. Mi experiencia de 25 años de vida política me ha enseñado que el auge de una determinada corriente en las elecciones universitarias nada tiene que ver con el auge de la misma en la opinión pública nacional, puesto que los universitarios son en su mayoría criterios en formación, que en gran medida se transforman al entrar en contacto más directo con la realidad de la vida.

Y esto es especialmente valedero en el caso del actual auge demócratacristiano que, como muy justamente lo expresara ante la Junta Nacional el Jefe Universitario de ese partido, obedece a que el grupo respectivo mantiene en las Universidades una actitud de anticomunista intransigente y beligerante, que no es por cierto la que observa el partido en la vida pública.

Unidad de Católicos

No, señor presidente. Si nosotros hemos pretendido el apaciguamiento entre su partido y el nuestro, no es porque estemos derrumbándonos o porque busquemos su apoyo. Es porque sabemos sobreponer a nuestras inclinaciones personales el interés de esta patria que se llama Chile.

He procurado emplear la mayor serenidad en mi respuesta, aunque es la respuesta a una diatriba. Entre los católicos hay ansias de conciliación y voluntad decidida de cerrar el paso al marxismo. Cualesquiera que sean las reacciones del presidente demócratacristiano y de sus "destacados dirigentes", nuestro llamado continuará resonando en las conciencias de muchos demócratacristianos y, sobre todo, del elemento católico independiente que los acompaña con sus votos. Y puede que el sentir de estos últimos termine por imponerse en la directiva demócratacristiana, para bien de nuestros principios fundamentales y de Chile.

Discurso del senador Bulnes en la manifestación que se le ofreció en "El Rosedal" el 26 de Mayo de 1962

Señoras y señores:

"Mi primer impulso fue el de declinar esta manifestación. He asumido la presidencia del Partido hace poco más de dos meses, sólo he echado las bases de la tarea que me propongo cumplir, y bien sé yo —bien me lo dice mi conciencia— que mi breve actuación en la jefatura de nuestra colectividad no justifica de modo alguno un acto de este género.

Pero, con más reflexión, tuve que cambiar de parecer. Esta manifestación no tiene por objeto rendir a mi persona un homenaje inmerecido, sino expresar la adhesión de los conservadores, y especialmente de la juventud, a la autoridad del Partido, de la cual yo no soy sino un mero y temporal depositario.

Y al expresar vuestra adhesión a la autoridad del Partido, estáis reafirmando vuestra fe en el Partido mismo, en los principios que lo unen, en las posiciones que lo singularizan dentro de la política chilena, en la misión trascendental que, hoy más que nunca, está llamado a cumplir al servicio de los principios cristianos y del progreso espiritual y material del pueblo de Chile.

Hace poco más de dos meses, unas cuantas renunciadas que sólo tuvieron importancia local y que ya comienzan a retirarse, dieron pábulo a que nuestros adversarios proclamaran alborozados la disgregación del Partido Conservador. La proclamaban los marxistas, que ven en nosotros a sus más intransigentes enemigos. La proclamaban, también, aquellos elementos que en el fondo tienen inspiración cristiana, pero que piensan que el cristianismo se defiende mejor abdicando de los propios principios y adoptando en el hecho los del marxismo. Sólo dos meses han bastado para demostrar que los estremecimientos de nuestro Partido no eran los de la agonía, sino los del alumbramiento; que si en estos momentos reclamamos una mejor organización y una acción más efectiva, es porque nunca hemos tenido tan clara conciencia de la misión histórica del conservantismo en el presente y en el futuro de Chile.

Para mí es especialmente significativo que esta manifestación de fe y de esperanzas, esta afirmación del destino conservador, haya sido iniciativa de la juventud de mi Partido. Me formé en las filas de la Juventud Conservadora, entregué a su organización los mejores esfuerzos de mis años mozos y he procurado, después, mantenerme alerta y comprensivo a las aspiraciones de los jóvenes.

Ellos no representan solamente el futuro del Partido, sino que tienen en el presente una importantísima misión que cumplir. Son las antenas llamadas a captar —con más sensibilidad que los hombres maduros— las nuevas exigencias de los tiempos, las nuevas necesidades del cuerpo social, que evoluciona rápidamente por efecto de la expansión de la cultura, del aumento de la población y de los veloces avances de la ciencia y de la técnica. Un dirigente político que no se mantiene en contacto con la juventud, corre el peligro de anquilosarse y, lo que es más grave, de anquilosarse a su partido. Agradezco, por eso, una vez más a los jóvenes conservadores, la confianza que siempre me han demostrado y les reitero mi pedido de que nos mantengamos cerca, en la seguridad de que recibiré sus anhelos, sus inquietudes y también sus críticas, como un valiosísimo mensaje.

Frente Democrático

Deseo aprovechar esta oportunidad para tratar con vosotros algunos temas que, en este momento, son objeto principal de mis preocupaciones de ciudadano y dirigente.

En primer término, deseo hablaros del Frente Democrático que está en gestión.

El 18 de marzo del presente año, al asumir la presidencia del Partido Conservador, planteé públicamente la necesidad de estructurar la actual combinación de Gobierno en un bloque de partidos, para acentuar la eficacia de la actual acción gubernativa y para afrontar con buen éxito la elección presidencial de 1964 y el Gobierno que de ella surgirá.

Agregué que esa alianza de partidos debía mantenerse abierta a la posibilidad de que se sumaran a ella, posteriormente, otras fuerzas democráticas. Para una futura elección presidencial y un futuro Gobierno deben unirse sin rencores, con patriótica generosidad, todos los que deseen la preservación de la democracia en su lucha a muerte contra el marxismo, todos los que quieran corregir las deficiencias y los vicios de nuestro sistema económico-social sin abolir los valores esenciales de la civilización cristiana occidental.

Nuestro llamado encontró ancha resonancia en los Partidos Radical y Liberal. El liberalismo ha propiciado la misma idea en reiteradas declaraciones. El radicalismo, primero en Jahuel y más tarde en su Asamblea Nacional, expresó sin reticencia su propósito de convertir la actual combinación de gobierno en un Frente Democrático, abierto a los demás partidos que concuerden con las posiciones fundamentales de esa combinación.

Lamentablemente, la voz oficial del Partido Demócrata Cristiano ha repudiado toda idea de entendimiento con las colectividades democráticas y ha anunciado su decisión de levantar un candidato de sus filas a la Presidencia de la República, cualesquiera que sean las consecuencias que ello pueda producir en beneficio del marxismo. Y digo "la voz

oficial”, porque todos sabemos que gran parte del electorado demócratacristiano se niega desde ya a servir de carne de cañón en la batalla final del marxismo totalitario contra la democracia occidental.

Con satisfacción profunda puedo anunciar aquí que las conversaciones directas entre radicales, liberales y conservadores para la concertación del Frente Democrático, se han iniciado ya en un ambiente de comprensión y progresan satisfactoriamente. Creo que el Frente será una realidad de inmensas proyecciones para el presente y el futuro de Chile.

Los que, debiendo estar con nosotros, han preferido por soberbia hacer el juego del enemigo común, tratan de justificarse con un pobre argumento: que nuestro Frente sería sólo negativo, porque estaría destinado exclusivamente a impedir la victoria del marxismo.

Semejante afirmación no alcanza a ser un sofisma: es sólo un disparate. Aún en el supuesto de que nuestro único propósito fuese el de contener al marxismo, nuestra función sería positiva, porque positivos son los grandes valores de la civilización cristiana y del convivir democrático que el marxismo quiere abolir en nuestro país y que ya ha arrasado en todas las naciones sometidas a su tiranía. Con la misma razón o sin razón, podría decirse que es negativa la acción del ejército que resiste a un invasor extranjero, la del policía que evita la perpetración de una cadena de crímenes o la del médico que lucha por evitar una epidemia.

Pero es falso que nuestro único propósito sea el de evitar que el marxismo gane una elección. Los partidos de Gobierno han calado mucho más hondo en la realidad de Chile y han aprendido en los últimos tres años y medio a conocerse mejor entre sí. Saben ellos que ha sonado la hora de concentrar todos los esfuerzos de la nación en su desarrollo económico y en su mejoramiento social; se sienten capaces de cumplir esa tarea sin conculcar las libertades, sin interrumpir la vida democrática del país, y están firmemente dispuestos a posponer sus diferencias doctrinarias para emplear todas sus energías en redimir al pueblo chileno de la ignorancia y la miseria.

Prosperidad y Justicia

Frente a la palabrería hueca y altisonante de nuestros adversarios, ahí está, firme como una roca, la obra del actual Gobierno, realizada con el concurso de los partidos que lo apoyan. No necesito invocar cifras ante vosotros, porque están frescas las que dio el Presidente de la República en su Mensaje, que son realmente impresionantes y que nadie ha podido ni podrá desmentir.

Para cumplir la gran tarea que la historia les señala, los partidos de Gobierno están dispuestos a todas las reformas que verdaderamente conduzcan al desarrollo económico y al progreso social. Prueba de ello es la completísima legislación sobre Reforma Agraria que han elaborado las comisiones tripartitas; prueba de ello será mañana la Reforma Tributaria que se está preparando; prueba será, también, la gran Campaña de Alfabetización que se está terminando de estudiar por una comisión de especialistas designada por nuestro Partido.

Pero entiéndase bien: nuestra firme disposición de acoger toda reforma que efectivamente tienda a crear prosperidad y a hacer justicia, no significa que solidaricemos con aquellos que critican despiadadamente todo lo que existe, sin señalar jamás una solución para problema alguno. Entre la fácil tarea de demoler y la muy difícil de construir, nosotros escogemos esta última. Basta una ojeada comparativa a nuestro país y a los demás pueblos latinoamericanos, para comprender que no todo anda mal en Chile. Es falso que se necesite cambiar desde sus cimientos nuestra organización económico-social; lo que se precisa es corregir sus deficiencias, depurarla de sus vicios, con realismo y sin demagogia, como ya han logrado hacerlo, dentro de la libertad y del Derecho, las grandes democracias del mundo occidental.

Yo espero, todavía, que la gigantesca empresa en que se han mancomunado los actuales partidos de Gobierno, cuente más adelante con el concurso de todas las corrientes democráticas. Pero aunque ese concurso no llegare, el Frente Democrático podrá seguir confiado su camino, como es pero demostrarlo a continuación.

Derrotismo

Bien sabemos todos nosotros que en vastos sectores antimarxista del país ha penetrado, desde hace un año, un pronunciado derrotismo. Se piensa en aquellos sectores que, de no producirse la unidad total de las fuerzas democráticas, el marxismo triunfaría en la próxima elección.

A mi juicio, ese fenómeno psicológico carece de base real, pero ofrece un evidente peligro. Nada ayuda más a perder una batalla, que darla de antemano por perdida.

¿Qué causas han generado el derrotismo?

A mi juicio son dos las causas principales.

La primera, de orden extra-nacional, es el equivocado planteamiento a que se ha recurrido para hacer la propaganda de la Alianza para el Progreso. Los personeros del actual Gobierno norteamericano —obrando con mucha buena fe, pero con poco conocimiento de la realidad de las naciones latinoamericanas y de las grandes diferencias que existen entre ellas— han planteado como dogma de fe un dilema aterrador: o logramos un alto grado de desarrollo económico y una plena justicia social, o el comunismo nos dominará a corto plazo. Tal es —nadie lo ignora— el fondo de la propaganda norteamericana.

Pues bien, como todo el mundo sabe que un alto grado de desarrollo económico no puede lograrse en pocos días ni en pocos años, y como nadie ignora que el camino de la justicia social es largo de recorrer y sólo puede conducir a una justicia relativa, los que toman demasiado en serio el planteamiento del Gobierno norteamericano llegan a la conclusión precisa de que nada podrá detener el triunfo comunista. En el campo económico, esto se está traduciendo en un tremendo flagelo que azota desde hace un año a todos los pueblos de Latinoamérica: la fuga de capitales, que representa, sin duda alguna, una sangría mucho mayor que todos los aportes prometidos por la Alianza para el Progreso. En el campo político, se ha dado pábulo al ensoberbecimiento de las fuerzas marxistas y al derrotismo de los elementos democráticos, con el consiguiente incremento de la penetración comunista.

La bien intencionada iniciativa del Presidente Kennedy y sus colaboradores está resultando, en la práctica, un juego peligroso. Podría explicarse si la ayuda de la Alianza para el Progreso permitiera en realidad grandes realizaciones económicas; pero bien sabe la opinión pública que hasta ahora esa ayuda ha sido para Chile lenta y escasa.

Espero que estas palabras mías, que vienen a corroborar lo que hace once meses vaticiné en un artículo publicado en "El Diario Ilustrado", no se tomen como una manifestación de hostilidad a la gran nación norteamericana, a la que admiro, o a su Gobierno, cuya buena disposición reconozco. Mi calidad de dirigente político me impide callar la verdad en tan importante materia.

La otra causa del fenómeno derrotista es de orden local y consiste en la táctica de prepotencia y de jactancia que emplean en Chile las fuerzas marxistas. Si se analizan los resultados de la elección parlamentaria de 1961 en relación con la presidencial de 1958, aparece evidente que los últimos comicios representaron para las fuerzas marxistas una derrota: mientras el señor Allende, apoyado por socialistas y comunistas, obtuvo en 1958 el 31,81 por ciento de los votantes, todo el FRAP alcanzó en 1961, el 28,74 por ciento, incluyéndose aquí un 6,90 por ciento de sus nuevos aliados, los demócrata-nacionales. En cambio, los Partidos Conservador, Liberal y Radical, que en 1958 totalizaron a través de los señores Alessandri y Bossay un 46,54 por ciento de la opinión, aumentaron esta cuota en 1961 al 51,34 por ciento. Pero esos resultados evidentes no impiden que los líderes frapistas, con increíble prepotencia, se jacten de ser los dueños del país. Cada parlamentario socialista, con los magros 149.000 votos de su partido; cada parlamentario comunista, con los 158.000 que obtuvo el suyo, y hasta los parlamentarios del PADENA, que estuvieron lejos de la centena de miles, se jactan de representar a "las mayorías nacionales". Yo, en cambio, aunque soy personero de un partido que obtuvo 198.000 votos y formo parte de una combinación con mayoría absoluta en el país, no me atrevo, por un elemental sentido de la medida, a jactarme de constituir la única voz de la nacionalidad chilena...

El derrotismo no está, pues, basado en la realidad. El Frente Democrático desea la unión de todas las fuerzas anti-marxistas, pero ganará la próxima elección aunque los demócrata-cristianos se empeñen en llevar un candidato propio y aunque los demócrata-nacionales sigan sirviendo a una ideología de la cual abominan. Lo dice la realidad electoral del país, y lo dice, sobre todo, la cordura y la altivez del pueblo de Chile, que no habrá de ser, entre todos los del mundo, el primero en colocarse al cuello, por su gusto, el dogal comunista.

Yo quisiera que de esta manifestación saliera cada uno de vosotros dispuesto a combatir, por todos los medios a su alcance, el derrotismo estúpido y decadente, pero sin duda peligroso, que corroe a tanta gente. En Chile nada está perdido, digan lo que digan los teóricos de la Alianza para el Progreso y los voceros del marxismo. Tres grandes partidos, mayoritarios en la opinión nacional, están firmemente dispuestos a gobernar a este país antes y después de 1964, para conseguir que el pueblo chileno tenga el mayor acceso posible a la cultura y al bienestar.

Reformas Constitucionales

No puedo dejar pasar esta ocasión sin referirme al crudo análisis que hizo el Presidente de la República en su Mensaje sobre las relaciones entre los Poderes Públicos y sobre las reformas que, a su juicio, es necesario introducir en nuestro sistema constitucional.

Desde luego, declaro aquí que, a pesar de que soy parlamentario hace diecisiete años, no me considero aludido ni agraviado por los conceptos del Jefe del Estado. No pretendió él —y varias veces lo dejó en claro— atacar a los hombres que componen el Congreso Nacional, sino al sistema imperante que, a su juicio, es anacrónico y perjudicial para el país. Y al plantear sus conceptos sobre la materia hizo uso de un derecho que compete a todos los ciudadanos, y que en el Primer Mandatario de la nación no es sólo derecho, sino deber.

Deseo agregar que, en lo fundamental, estoy en pleno acuerdo con las opiniones vertidas por el Jefe del Estado. Mis largos años de vida parlamentaria y de especialización en materias constitucionales, me han llevado al conocimiento de que nuestro sistema político ha hecho crisis en lo que se refiere a las relaciones entre los Poderes Legislativo y Ejecutivo.

Tenemos un Presidente de la República elegido por el pueblo y responsable sólo ante el pueblo. Aparentemente, es todopoderoso, y a él se le imputa cuanto ocurre y deja de ocurrir en la vida nacional.

Pero frente al Presidente hay un Congreso Nacional, también elegido por el pueblo y responsable sólo ante el pueblo. Aparentemente, el Congreso no tiene intervención alguna en la administración del país, pero en el hecho tiene una enorme ingerencia en ella, porque dicta las leyes entrando en toda clase de detalles que debieran ser materia de reglamentos y, sobre todo, porque concede o deniega a su arbitrio los recursos económicos y las facultades de todo género que el Ejecutivo necesita cada vez en mayor medida.

Y, desgraciadamente, los congresales no siempre pueden actuar, ante cada problema concreto, con la debida independencia de criterio. Representan a los partidos políticos, y los partidos políticos, abocados a elecciones cada dos años o menos, no siempre pueden desentenderse de presiones electorales contrarias al interés nacional.

El Presidente de la República ha citado algunos ejemplos de lo que ocurre: cómo el Gobierno tuvo que aceptar el año pasado un reajuste de sueldos que no solucionó ningún problema individual, pero comprometió gravemente la política económica del Gobierno y el equilibrio fiscal; cómo se ordenan gastos sin el debido financiamiento; cómo fue imposible poner coto a tiempo a las importaciones suntuarias, que acabaron por trastornar todo nuestro sistema de cambios. Y yo podría agregar tantos y tantos ejemplos más. Podría relatar cómo la presión de las asociaciones de funcionarios sobre los distintos sectores del Congreso nos ha llevado a los más anárquicos e injustos desniveles entre las

remuneraciones de los distintos grupos de servidores del Estado. Podría hablar de innumerables incisos de esos “con nombre y apellido” que favorecen a grupitos influyentes. Y podría agregar que el actual sistema hace utópica la posibilidad de reformar y unificar la previsión, que, aparte de cara y mala, es un monumento a la injusticia.

Bajo otro aspecto, el sistema actual no consulta solución alguna para los desacuerdos graves entre el Ejecutivo y el Parlamento. Y de ese modo sólo quedan dos alternativas: o el Presidente forma Gabinete de hombres fuertes, con bastante “ruido de sables”, o deja entronizarse un parlamentarismo de facto.

El fenómeno no es peculiar de nuestro país. Ahí tenemos, por ejemplo, el caso de Francia —tan similar a Chile en sus hábitos políticos— que tuvo que reconocer el fracaso de su sistema constitucional y establecer otro totalmente diferente.

Por mi parte, vengo señalando hace tiempo la crisis de nuestro régimen político, y la señalo con angustia, porque soy republicano, demócrata y hombre de Derecho. No hace mucho traté el tema, extensamente, en la Reunión de Santo Domingo, y los parlamentarios allí presentes concordaron con mi planteamiento.

Afortunadamente, la crisis que se ha producido tiene fácil solución por la vía de la reforma constitucional. Es preciso, por una parte, limitar las facultades del Congreso, privándole de iniciativas en materia de remuneraciones públicas y particulares y de beneficios previsionales; pero, a la vez, hay que robustecer las atribuciones parlamentarias en materia de fiscalización, hay que extender la acusación constitucional o juicio político a cierto número de altos funcionarios y hay que consultar el acuerdo del Senado para el nombramiento de los principales jefes de servicios. Debe incorporarse a la Constitución, debidamente regulada, la delegación de facultades legislativas en el Presidente de la República. Y, sobre todo, hay que establecer la posibilidad del plebiscito para dirimir los desacuerdos entre el Jefe del Estado y el Congreso Nacional, desacuerdos que hoy no tie-

nen salida posible, que conducen a menudo a la esterilidad gubernativa y que pueden llevar cualquier día al derrumbe del régimen.

Posiblemente haya que tomar también medidas efectivas para desvincular al Senado del menudo interés electoral, modificando la forma de elección de los Senadores o incorporando a la Cámara Alta, por derecho propio, a quienes hayan ejercido por cierto tiempo determinadas funciones públicas.

Yo sé que entre los jóvenes conservadores hay profunda insatisfacción con nuestro sistema institucional. Sé que entre ellos predomina la idea de que es necesaria una reforma de la democracia chilena. En política hay que ser realista y no pueden los jóvenes pretender que se impongan todas las ideas que ellos tengan al respecto. Pero yo les invito a recoger la bandera de la reforma que ha bosquejado el Presidente de la República, a pasearla por el país y a abrirle surco a una iniciativa que, a mi juicio, es necesaria para la preservación del régimen jurídico y el progreso de la nación.

Mis palabras van a producir reacción violenta en ciertos sectores. Los parlamentarios somos muy celosos en la defensa de nuestro derecho a la fiscalización y a la crítica, pero precisamente aquellos que abusan de ese derecho injuriando y calumniando al amparo de su inmunidad, reaccionan como vestales ofendidos frente a cualquiera crítica de la labor del Congreso. Inmediatamente denuncian al país que se quiere socavar el régimen democrático, como lo hacen los partidos de oposición en un manifiesto publicado hoy. A mí no me importan ni me interesan esas reacciones, porque tengo la conciencia tranquila: mi propósito no es socavar la democracia, sino perfeccionarla, para asegurar su supervivencia y su eficacia.

Llamado a los independientes

No quiero terminar estas palabras sin formular un llamado que me impone mi conciencia ciudadana.

Hay en Chile una porción enorme de ciudadanos que se llaman “independientes de Derecha”. Votan por los candidatos de un partido determinado o eligen entre liberales y conservadores, pero no reconocen filas en ninguna colectividad política. En otras palabras, ejercen su derecho de sufragio en favor de las ideas que sustentan, pero no cooperan en forma alguna al sostenimiento y a la difusión de esas ideas, que es la razón de ser de los partidos políticos.

¿Carecen esos “independientes” de todo interés por la cosa pública? ¿No se han percatado de la repercusión que un buen o mal Gobierno, una buena o mala legislación, tienen en todas las actividades nacionales?

Nada de eso. El “independiente” suele ser un erudito en política; suele preocuparse como nadie —“en el plano verbal”— del Gobierno y la legislación; suele ser muy pródigo de consejos con los que desempeñamos funciones públicas.

Yo comprendo que existan “independientes”, y muchos, en aquellos países, como los Estados Unidos, por ejemplo, donde las diferencias entre los partidos son meramente formales. Pero no lo concibo en Chile, y en esta hora decisiva de nuestra historia, cuando de la política depende el que sigamos siendo hombres libres, el que continuemos viviendo en la civilización cristiana, o nos sumemos nosotros y nuestros hijos y nuestros nietos en una esclavitud sin remisión.

Hora es de que los “independientes” vengan a los partidos a influir en sus decisiones y a entregarles su aporte de conocimientos y de esfuerzos. Es incalculable la influencia que ello podría tener en el futuro del país.

Mi Partido espera con los brazos abiertos a todos aquellos que en lo fundamental piensan como nosotros.

Señoras y señores:

Desde el fondo de mi alma os agradezco la emocionante prueba de confianza que estáis dando en mi persona al presidente del Partido Conservador.

Llegué a mi alto cargo dispuesto a entregarme todo entero al servicio de mi causa. He cumplido mi promesa; pero en este día venturoso pido a Dios que multiplique mis fuerzas para no defraudar a tantos hombres y mujeres que en estos instantes confían en mí.

